

Cincuenta aniversario de la tragedia de Ribadelago

(9-I-1959 al 9-I-2009) (1 Jn 4,11-18; Mc 6,45-52)

Mons. Camilo Lorenzo Iglesias

Saludo y expreso en nombre de todos el testimonio de gratitud a la Casa Real Española por aceptar presidir el comité de Honor de estos actos conmemorativos de los cincuenta años de la rotura de la presa de Ribadelago.

Saludo con profundo afecto y gratitud a mi hermano en el episcopado Mons. Gregorio Martínez, Obispo de Zamora, a D. Juan García párroco de esta comunidad de Ribadelago y a vosotros sacerdotes diocesanos de Astorga y Zamora que participáis en esta celebración.

Saludo a las Ilmas. Autoridades autonómicas (al Excmo. Sr. Presidente de la JCyL D. Juan Vicente), a las provinciales y locales, singularmente a D. Jesús Villasante, alcalde de Galende y su corporación y al presidente y Junta vecinal.

Un saludo muy sentido a vosotros los familiares de las ciento cuarenta y cuatro víctimas mortales de la catástrofe acaecida en los primeros minutos del día 9 de enero del año 1959, hace hoy cincuenta años.

Estoy seguro de que algunos de vosotros todavía retenéis en vuestros oídos el ensordecedor estruendo de las aguas que deslizándose por la montaña arrasaron la mayor parte de vuestras casas, sepultando en el lago a familias enteras o a algunos de sus miembros hasta un total de 144 personas. Además en aquella fatídica hora incluso todo se agravó para los que habían sobrevivido, porque en medio de la oscuridad de la noche ni siquiera podían conocer lo que había pasado, ni tampoco ofrecer ayuda a los que tal vez luchaban por salir de las aguas. Pero a la mañana siguiente con los primeros rayos del día la desolación tuvo que ser inenarrable. Estoy seguro que ninguno de los que lo visteis lo habéis olvidado. Yo, sin conocer este lugar, recuerdo la impresión que recibimos en el seminario cuando nos dieron la noticia de lo que había sucedido en Ribadelago, un pueblo de la provincia de Zamora. Y sí rezamos por los que habéis conservado la vida y de forma especial por los fallecidos.

Hermanos: todos conocemos los hechos. Las causas no sé si esclarecieron. Siempre en estos casos se buscan los culpables que puede haberlos o por lo menos a los que son los responsables. No sé si éste es el caso, pero algunas veces son los fallos humanos de los que nadie es culpable sino que son fruto de las limitaciones humanas. Pero sea cual fuere la explicación de lo sucedido, ahora ya poco importa para las víctimas y sus familias, pero sí pudo servir para que los responsables de proyectos similares hayan corregido los posibles fallos técnicos y humanos causantes de aquella magna catástrofe que tantas vidas y sufrimientos ha causado.

Nosotros al hacer memoria de aquel acontecimiento deseamos dejar constancia de nuestra solidaridad y aprecio hacia vosotros los que habéis salvado la vida, vecinos de Ribadelago actualmente, y también de los que han rehecho su vida estableciendo su residencia en otros lugares.

Y de forma explícita ofrecemos hoy nuestra oración por los fallecidos, porque creemos que después de esta vida en la tierra hay otra vida, como lo proclamamos al rezar el credo católico cuando confesamos: “Creo en la resurrección de la carne y la vida eterna”. Esto debe ayudarnos a que, en medio del sufrimiento que

todos experimentamos ante la muerte, aprendamos a mirarla siempre con esperanza, porque confiamos alcanzar, por la misericordia de Dios, la vida bienaventurada.

Hoy todavía en tiempo de Navidad nos puede ser provechoso el recordar que varias veces en los días pasados se nos presentó a Jesús como la luz que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo, porque Cristo da sentido a nuestra vida. S. Juan nos lo dijo en su evangelio con estas palabras: “La Palabra, es decir, el Hijo de Dios, era la luz que alumbraba a todo hombre... Vino a su casa y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre” (Jn 1,9.11-12)

Nosotros que estamos aquí celebrando la santa Misa se supone que creemos en Jesucristo, o al menos que se siente curiosidad por conocerlo, nos reconforta la oración cristiana hecha desde la Palabra de Dios. Por eso nosotros en primer lugar, recordando el evangelio proclamado hace unos momentos, hemos de descubrir la actitud de Jesús al dirigirse a sus apóstoles que se sentían amenazados por las olas y al ver que alguien caminando sobre el agua se les acercaba sintieron miedo, o tal vez pánico. “Pero Jesús les dirige en seguida la palabra y les dice: *Ánimo, soy yo, no tengáis miedo*” (Mc 6,50)

Hermanos supervivientes de Ribadelago: Vosotros tuvisteis que experimentar el pánico. Y seguro que os sentisteis desamparados, desasistidos y os pareció que Dios había desaparecido. Pero no, Dios estaba allí; Jesucristo estaba sufriendo con vosotros o si lo preferís sufría en vosotros. Recordad que hemos leído un pasaje de la primera Carta de S. Juan en la que entre otras enseñanzas os recuerdo esta: “Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios”. Y sigue diciendo: “si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (1Jn 4,15.12)

Hermanos: Dios nos amó y nos ama. Puede parecer muy duro decirlo, pero es verdad que no dejó de amar a los que sufristeis la tragedia, incluso a los que perdieron la vida. Y al que le cuesta aceptarlo que recuerde y piense que Dios Padre no dejó de amar a su Hijo Jesucristo cuando estaba clavado en la cruz, y al no bajarlo de la cruz, sino que lo deja morir crucificado.

Sin embargo debo añadir, sin cambiar nada de lo que acabo de decir, que esto es para nosotros un misterio que golpea nuestra mente y nuestro corazón, sin embargo no puedo dejar de seguir proclamando que Dios nos ama siempre, siempre, siempre, y por tanto no podemos tampoco nosotros dejar de amarlo, porque además el primer mandamiento de la Ley de Dios nos lo exige: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”

Hermanos: Si seguimos releendo el pasaje evangélico proclamado encontramos que también se nos dijo que Jesús “entró en la barca con ellos (los Apóstoles) y amainó el viento” (Mc 6,51a)

Ante esto ¡Cuántas preguntas podríamos hacernos! Pero sin duda hay una que viene a nuestra mente inmediatamente, y que de alguna manera ya nos la hemos hecho anteriormente, y ahora debo hacerla de forma bien explícita, y es: ¿Por qué Dios no intervino e impidió la rotura de la presa, o cambió el curso de las aguas y por qué además aquello tuvo que suceder durante la noche?

Hermanos: Estoy seguro que todos aún tenemos dificultad para entender lo sucedido hace cincuenta años. Por eso necesitamos pedir a Cristo que se meta en la barca de nuestra vida personal y de la vida de todos los que habéis sufrido más directamente las consecuencias, tanto si vivís en este pueblo como si estáis viviendo en otro lugar; si somos de los que solamente desde lejos o desde cerca conocimos aquella tragedia, para que sea posible recuperar la paz interior y poder vivir con esperanza el

recuerdo de tan triste acontecimiento. Señor concede a todos la paz interior para que acontecimientos tan trágicos no impidan la firmeza de nuestra fe, sino que incluso la refuercen aunque no los comprendamos. Pero, Señor, te pedimos que impidas que tengamos que sufrir pruebas tan duras.

Hoy, juntamente con el recuerdo y el homenaje a los fallecidos al dedicarles el monumento en el que permanecerán escritos su nombres y perpetuará su memoria, presentemos con fe al Dios de la vida nuestra oración en esta Misa, para que los muertos sean acogidos en el reino de la vida y sus familias sientan el consuelo de la esperanza por la solidaridad y amor fraterno que hoy les estamos manifestando.

Termino agradeciendo en nombre propio y de todos nuestra gratitud a los que han hecho posible esta celebración soportando trabajos y dificultades. Y también a las Autoridades que se han desplazado hasta este pueblo de Ribadelago. Hermanos vecinos de Ribadelago os llevamos en nuestro corazón.